



AGRADECIMIENTOS

Escribí y reescribí este libro en diversos momentos durante los últimos diez años. Sus ejes de interpretación, procedimientos, enfoques y expectativas contienen trazas de diálogos provenientes de mundos y tiempos diferentes, aunque conectados; su andadura se debe a muchas compañías con ritmos distintos y cadencias diversas. Sin ellas no hubiera sido posible escribirlo. Reconocerlas hace más comprensible el entramado de sus raíces, su estructura y ramificaciones. No obstante, y por fortuna, la combinación de tan diversas proveniencias y su insólita, a veces inasequible, plástica puesta en negro sobre blanco sólo ha sido responsabilidad mía.

Lejos en el tiempo, pero continuamente presente, Juan Carlos Marín y el Programa de Investigación sobre Cambio Social de la Universidad de Buenos Aires, con sus derivaciones mexicanas, sembraron en mis aproximaciones al conocimiento de lo social la reflexión sobre la centralidad de la acción, el poder como relación y sus lógicas. Éstas han sido coordinadas cotidianas reafirmadas con el magisterio generoso de Zacarias Moutoukias. En este ámbito, mi gratitud con Karina Kloster sólo puede ponderarse en la inmensidad de historias, diálogos, luchas, cercanías y distancias compartidas.

Una parte de este libro fue escrita para la tesis doctoral que presenté en el Programa de Doctorado en Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México. Agradezco a quienes entonces orientaron mis actividades. A Margarita Menegus, con quien compartí mis inquietudes por los conflictos por la propiedad del suelo y el trabajo en la ciudad de México a finales del siglo XVI. A Mónica Quijada, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, cuya generosidad académica fue un acicate para continuar. Las lecturas y orientaciones de Felipe Castro e Iván Escamilla, quienes formaron parte del sínodo,

enriquecieron esa etapa del texto. Muy especialmente reconozco el magisterio, amistad, compañía y protección de Clara Inés Ramírez González, quien me enseñó a caminar en la docencia y la investigación histórica. Gracias a ella dirigí mi desastrada mirada hacia Nueva España y el siglo XVII; también con ella aprendí a defender las convicciones de mi propio trabajo. Clara, en fin, me enseñó a convertir la pasión y la rabia, en método y escritura.

Otra parte de este libro fue escrita bajo la inspiración y el impulso del profesor John Elliott. Su amable empatía y generosidad hacia mis trabajos me alentó y orientó mi interés por escudriñar el siglo XVII desde la ciudad de México, con la mirada puesta en el conjunto del mundo hispánico. Gracias a John Elliott entré en comunicación con un maestro y amigo querido, Xavier Gil Pujol, a quien conocí leyéndolo y con quien he compartido, en los últimos años, ideas y entrañables momentos. Su bonhomía intelectual y su enorme calidad humana han hecho de su magisterio un gozo constante. Mi mayor deuda con el profesor Elliott, infinita e inmensurable, ha sido presentarme a Óscar Mazín. La reescritura y renovación de las ideas estructurantes de este libro nacieron de la amistad, las infinitas horas de encuentro, reconocimiento, “eterno retorno” y generosísima alegría de vivir que comparto con Óscar: maestro, amigo y ejemplo.

Mientras las oleadas irregulares de escritura daban forma a este libro, aparecieron en su horizonte bibliográfico los resultados de las reuniones científicas y las monografías más conocidas de los miembros de Red Columnaria. Esta admirable transformación historiográfica cobró rostro humano cuando conocí a José Javier Ruiz Ibáñez y Gabriela Vallejo Cervantes, su generosidad, honestidad intelectual y afán por nunca dejar de comprender han sido un río en que confluyeron las aguas impetuosas y delirantes de mis propias búsquedas. Gracias a JJ y Gabi entré en relación con otros maestros, colegas y amigos de Columnaria. Valentina Favaró, Roberto Rossi y Antonio Jiménez son parte de mi familia; mientras Juan Francisco Pardo Molero, Darío Barrera, Miriam Moriconi, Manuel Herrero, Natividad Planas, Yves Junot, Gaetano Sabatini y Massimo Carlo Giannini me han abierto puertas y ventanas de fraternidad y complicidad intelectual.

Gracias a ellos, a mi muy querido Alberto Marcos y a Jean-Frédéric Schaub, fuente inagotable de conocimiento, maestro en todo el sentido de la palabra y amigo fraterno, he descubierto el Panorama (así, con P mayúscula) y me he beneficiado del corazón de ese enorme colectivo, urdido en los pasillos y salas del Archivo General de Simancas, en las manos infinitas de Isabel Aguirre Landa y José Luis Rodríguez de Diego. Este libro viene a sumarse a los cientos, quizás miles de testimonios de gratitud que se deben a la generosidad, guía y acogida de estas dos estrellas polares.

Una parte de las ideas expuestas en este libro ha sido discutida con Ida Mauro, *carissima amica*, en la Universidad y en las calles de Barcelona. Ella, Aninna y Tano son parte de esta historia pequeña.

Un lugar muy especial en estos mundos entreverados lo tiene Bernard Vincent junto a Mireille y Cécile Vincent-Cassy, admirables profesores y entrañable familia intelectual y moral, de quienes he recibido orientación y amistad a manos llenas. Con la elocuencia de sus palabras y su cariño familiar, me han enseñado a escudriñar los límites de mis preguntas y buscar el equilibrio en mis explicaciones.

Durante los últimos años, este libro ha madurado con el desarrollo del primer proyecto de investigación que llevé a cabo como miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. La versión que se publica es resultado del proyecto PAPIIT-UNAM IA-400418, otorgado por la Dirección General de Asuntos de Personal Académico como apoyo complementario al proyecto por obra determinada. Una parte de los resultados incorporados a este libro fue leída y discutida con Tamar Herzog, a quien agradezco su generosidad, amistad y calidez académica.

Agradezco el infinito trabajo y la paciencia de Rosalba Cruz, jefa del Departamento Editorial del Instituto de Investigaciones Históricas; Rosalba y su equipo son ejemplo de honestidad universitaria, trabajo incansable y calidad editorial. Mi gratitud va también a Natzi Vilchis, extraordinaria correctora, editora y colega. La lectura cuidadosa y crítica de los evaluadores anónimos habilitó la posibilidad de esta publicación. Mi ingreso y los años



de trabajo en Históricas han profundizado mi compromiso con la Universidad Nacional y mi convicción según la cual sólo el conocimiento y su traducción en acción permite transformar el mundo. Por eso manifiesto también mi agradecimiento al Instituto y la Universidad Nacional Autónoma de México. Todo esto no hubiera sido posible sin la confianza, el apoyo incansable y la hermosa amistad de Ana Carolina Ibarra González, quien apostó por mi trabajo sin conocerme, haciéndome parte de un proyecto radical y transformador bajo su dirección al frente del IIH. Mi gratitud con ella es eterna.

Los años de trabajo y las veladas fueron más llevaderas con el amor de mi familia. Pude enfrentar las dificultades con la presencia omnisciente de mi madre, Gina Laura Bautista y Lugo, quien me dio la existencia y la libertad. Martha Pérez Palomares, Saru y Xutill han estado y estarán ahí siempre, con Amigo, Minuetto y Pirata.

El camino, el *tempo*, los pasos, la cadencia de los mundos entreverados a los que se debe este libro y las ideas que lo desbordan han sido y son inventados cada día con Atzin Bahena Pérez, junto a la paciente ceguera de Tomasa, la vitalidad mordelona de Nise, las ideas fijas de Sheima y la sabiduría de Volodia, el corazón de la cosa. La fuerza, inteligencia e inconmensurable amor de Atzin son la argamasa que le da sentido a la vida; un pedacito de eso prendió en las siguientes líneas.